

La amenaza científico-técnica sobre la Dignidad

Análisis bioético desde el pensamiento de Ratzinger

Emilio García Sánchez¹

Resumen

Desde la perspectiva filosófica de *Joseph Ratzinger*, se presentan y comentan algunas de sus reflexiones bioéticas, previas a su pontificado, relacionadas con las causas del daño actual sobre la dignidad. Se exponen las consecuencias específicas en la dignidad humana y en la dignidad de la naturaleza cuando se desvincula el progreso científico del saber ético.

A modo de propuesta, se sugiere desde el pensamiento *ratzingeriano* un análisis particular sobre los riesgos de suplantar el ethos por una moderna gramática que asume una función ética y que encarna el *Homo faber*: la *techné*.

Sin minusvalorar los incontables beneficios que la ciencia y la técnica han deparado a la humanidad, se presenta una propuesta bioética que contrarreste los daños causados sobre el hombre y la tierra. Se concluye con *Ratzinger* que proteger y respetar la dignidad del hombre –la mejor de las especies– es la postura más ecológica e inteligente para salvaguardar la dignidad de la Naturaleza.

¹ Universidad CEU Cardenal Herrera (Valencia) España Email: emilio.garcia@uch.cu.es
Dpto. CC. Políticas, y Sociología. C1 Luis Vives, 1 46115 - Alfara de Patriarca. Valencia (España).

Summary

The threat scientific-technical on the Dignity Bioethical analysis on the writings of Ratzinger

From the philosophical perspective of *Joseph Ratzinger*, presents and comment some of their bioethical reflections about the current damage on human dignity. Discuss the specific consequences on human dignity and the dignity of nature when operating a decoupling dramatically between scientific and ethical knowledge. On the writings of *Joseph Ratzinger* suggests a particular analysis of the risks to supplant the ethos of a modern grammar that embody ethical function *Homo faber: techne*. Without underestimating the countless benefits that science and technology have brought to humanity, presents a proposal bioethics to compensate the countless also damage on man and earth. Concludes with Ratzinger that protect and respect the human dignity –the best of the species–, is the most ecological and intelligent solution to safeguard the dignity of nature.

Palabras clave: Ratzinger, bioética, ecología, dignidad, naturaleza

Keywords: Ratzinger, bioethics, ecology, dignity, nature

Introducción

El Siglo XX y su segunda mitad serán recordados como una de las épocas históricas de mayor avance científico e innovación tecnológica.

En un tiempo record, el progreso tecnológico se ha volcado de modo inaudito sobre todos los ámbitos del saber experiencial y empírico: la medicina y la biología, la física y la astronomía, la química y la geología, la ingeniería, etc. Los avances del conocimiento científico, que venían produciéndose a buen ritmo desde el siglo anterior, han permitido una comprensión extraordinaria y más completa de la realidad a nivel macro y microscópico. Los beneficios para la humanidad de estas innovaciones han sido incontables:

aprovechamiento industrial de nuevas energías y de recursos naturales, descubrimiento de vacunas y mejoras en la higiene y en la alimentación, extensión de la atención sanitaria, adelantos en el transporte y en las comunicaciones [...] Más aún, las biotecnologías actuales no sólo han aumentado las posibilidades de esperanza en el tratamiento de enfermedades incurables, sino que trabajan ya en el retraso del envejecimiento y el alargamiento de la vida.

En pocos años, el crecimiento tecnológico ha sido de tal magnitud que, al contemplar globalmente el mundo, no deja de asombrar la potente modificación efectuada sobre las condiciones de la vida humana y de su entorno natural. Pero al mismo tiempo, no debe ocultarse que, paralelamente a este panorama generador de inimaginables esperanzas, el progreso científico y las biotecnologías han dejado al descubierto un buen número de fracturas sobre el hombre, la tierra y el resto de especies. Me refiero particularmente a: experimentos biomédicos inhumanos, manipulación de la vida humana, intervenciones genéticas peligrosas o cuanto menos dudosas sobre humanos y otras especies animales y vegetales, creación de armas biofísicas de destrucción masiva, contaminación industrial con efectos irreparables en ecosistemas acuático y terrestres, deforestaciones, derroche de recursos naturales a causa de un consumismo incontrolable. Resultado final: incontables beneficios, incontables daños. Es la ambivalencia que atraviesa la ciencia y la técnica cuando pretenden desvincularse de los principios éticos elementales que, a modo de brújula connatural con el trabajo científico, venían marcando los límites de ese sublime quehacer humano.

Desde la perspectiva filosófica de un importante intelectual, Joseph Ratzinger, me gustaría ofrecer algunas de sus reflexiones a cerca de las consecuencias que conlleva la separación entre progreso científico y el saber ético. El análisis de esas consecuencias lo focalizo en la dignidad de la vida humana y de la naturaleza ambiental. En definitiva, ofrezco una propuesta particular sobre los riesgos de suplantarse el *ethos* por la *techné* como la nueva representación de la ética. Para ello, desde el inicio, utilizo exclusivamente

obras de *Ratzinger* como fuentes bibliográficas, y todas ellas previas a su posterior pontificado. De ellas extraigo reflexiones bioéticas no muy conocidas y que resultan útiles para comprender en profundidad la crisis en la dignidad. En este sentido, el estudio que presento escapa a la loable intención de sopesar y evaluar el pensamiento bioético de *Ratzinger* con otros autores contemporáneos que suscriban o se opongan a sus ideas.

Del positivismo científico hacia la entronización de la techné

Resulta ilustrativo exponer la influencia que desarrolló la ciencia moderna y su vertiente ideológica positivista sobre las áreas del conocimiento. Ayuda a comprender con atino el alcance que tuvo el aterrizaje de la técnica: plataforma desde la cual se intervendrá a partir de ahora de un modo nuevo en la naturaleza humana y en el mundo. Previo al despliegue de la tecnología sobre la realidad física, interesa mostrar la re-interpretación que a partir del racionalismo ilustrado se hizo de la realidad existente y de los seres que la componen.

De modo particular, se puede atestiguar que la perspectiva científica creó un nuevo sistema operativo que albergaba un lenguaje universal y exclusivo para leer e interpretar la naturaleza. Construyó un tipo de gramática científica que reducía toda la realidad existente, incluida la humana, a lo físico y a lo biológico.² La revolución científica proclamó en sus estatutos que la razón misma debía quedar reducida sólo al cálculo matemático y experimental. Por tanto, la aplicación de este moderno principio racionalista, excluía la comprensión racional de aquellas realidades que no pudieran ser medidas, observadas o descifradas, es decir, convertidas en información de números, letras, o en una combinación de ambos: "En la Edad Moderna la certeza matemática se convierte en modelo de la certeza de la razón".³

A partir de entonces, la inteligibilidad del universo y del hombre sólo podía explicarse a través de mecanismos físicos, biológicos y químicos. Posteriormente, a tal mecanicismo—de procedencia *cartesiana* y *baconiana*—, se le incorporarían los criterios contenidos en los principios evolutivos y azarosos con los que se explicaba la naturaleza. A fin de cuentas, el funcionamiento eficaz de los organismos vivos y los ecosistemas podía reducirse a un simple *input* u *output* de información.

El neo-evolucionismo, yendo más allá de la propia teoría científica de la evolución, acabó sosteniendo que todo procede por evolución de la materia y de la energía. Representan las únicas dos sustancias registrables e implicadas no sólo en la interpretación de cualquier fenómeno natural, sino en el propio funcionamiento de la naturaleza humana y de sus experiencias. No es comprensible más origen que el origen físico. Lo natural y lo humano podían ser definitiva y exclusivamente investigables por las ciencias empíricas.⁴ Caducó la necesidad de depender de otro tipo de conocimientos no experimentales. En definitiva, el neopositivismo científico se vio reforzado por ideologías evolucionistas ya que la nueva biología y filosofía evolutiva engrosaban aún más el axioma materialista de considerar a los hechos empíricos como únicos objetos lícitos de la ciencia.

La combinación científicista y neoevolucionista conformó un laureado sistema de referencia por medio del cual, el hombre y la tierra quedaban clasificados como epifenómenos del proceso histórico y natural de la evolución del universo. Es decir, puros hechos evolutivos incapaces de contemplarse y de entenderse a sí mismos más que cómo “productos de antiquísimas evoluciones”,⁵ “un producto de la evolución sin racionalidad propia”.⁶

Ratzinger sostiene que la teoría de la evolución quebrará la concepción de la naturaleza al declarar que: “La naturaleza en cuanto tal no es racional”.⁷ En este sentido, lo humano no se trata más que de *physis*, naturaleza física evolucionada, un partícula orgánica y viva compuesta de los mismos materiales que el resto de seres vi-

vientes. No hay posibilidad de distinguirse del resto de especies y seres vivos.⁸ Tierra, hombres, animales, plantas [...] no otros que naturaleza, meros almacenes de materiales excretados por un proceso evolutivo y casual que gobierna su funcionamiento.

Esta interpretación de la realidad física y humana dejó diáfana la pista para que la incipiente tecnología aterrizara sobre unos seres declarados como simples elementos orgánicos e inorgánicos. Sobre la técnica se descargó un programa instrumental, un innovador *software* con la misión –entre otras– de contribuir aún más a comprimir el conocimiento de lo real en componentes materiales. De modo positivo, y con medios técnicos, se reduciría la naturaleza a eficiencia, biología y mecanismo. La técnica serviría de cauce para la ejecución de las órdenes y postulados científicistas.

De todas formas, antes de finalizar este punto, resulta obligado añadir una aclaración que complete correctamente este tipo de meta-análisis que acabo de presentar sobre la ciencia y la técnica. Tal añadido lo tomo del mismo pensamiento que *Ratzinger* elabora sobre esta cuestión. En síntesis, conviene resaltar –y no olvidar– que la combinación de metodología científica e instrumentaje técnico ha permitido desempeñar una de las funciones claves para el conocimiento: descifrar y desfragmentar lo material y natural. Sin duda alguna esto ha facilitado enormemente una comprensión más profunda y beneficiosa del funcionamiento de la naturaleza. Por este motivo deseo manifestar, desde la postura de *Ratzinger*, que el problema crítico que se vislumbra en esa ciencia y técnica no se encuentra en que no sean ésas específicamente las funciones que les corresponde.⁹ Además la metodología científica “es en sí perfectamente legítima y se realiza a través de una reducción del otro, en su ser físico, a objeto de mi observación”.¹⁰

Más bien, el problema se sitúa en la aplicación indiscriminada de estos principios metodológicos a todo lo real, convirtiéndolos en criterios exclusivos para entender la naturaleza humana e intervenir sobre ella. El concepto “naturaleza” resultaría entonces re-signifi-

cado entendiéndose bajo una única óptica de tipo naturalista o biologicista, un proceso orgánico sobre el que podría intervenir con múltiples operaciones. Por este motivo, el temor que *Ratzinger* contempla en la aplicación incondicional de esta lógica sistemática consiste en la inevitable reducción del hombre a un *factum*, a un hecho de índole biológica y procesual. El hombre y lo humano quedarían interpretados, más aún valorados, en función de su factibilidad y su funcionalidad. En ese caso, ya no resultaría difícil de efectuar sobre la naturaleza humana, y extensiblemente sobre el ambiente, cualquier tipo de acción mecánica, transformativa, manipulativa [...] que fuera factible mientras no existan impedimentos técnicos. Al final, la metodología usada con ellos no sería muy distinta de la que específicamente se aplica sobre lo que definimos como artefactos, objetos, cosas, algo, [...] y sobre sus procesos originantes.

Desde el análisis de *Ratzinger*, la oferta positivista y tecnificante da como resultado un valor precario a la vida del hombre y de la naturaleza. Quedan fácilmente expuestos a la utilidad propia de la técnica, a sus retos imaginarios y así como a una arbitraria manipulación justificada por una ciencia ávida de novedades y éxitos. Se inaugura un amplio espacio en el que la vida humana subsistiría en un estado de libre disponibilidad para ser cosificada. Aumentaría el número de experimentos y ensayos al margen de posibles problemas bioéticos¹¹ en su mayoría implantables.

Por estos motivos, señala *Ratzinger* con preocupación que, si la ciencia emprende este camino alocadamente sin señales éticas, desemboca en una grave patología: desintegrando al hombre y a la naturaleza, extinguiendo su dignidad y poniéndose en peligro conjuntamente: “Cuando pensamos en proyectos científicos que suponen un menosprecio del hombre como la clonación de seres humanos, la producción de fetos –es decir, de seres humanos–, con el fin de aprovechar los órganos para la elaboración de productos farmacéuticos o también para su utilización económica; o igualmente, cuando recordamos la instrumentalización de la ciencia

para la producción de medios cada vez más horribles de destrucción del hombre y del mundo, entonces es notorio que existe también una ciencia que ha llegado a ser patológica".¹²

A modo conclusivo, subrayo que estos temores y límites expuestos ni se imputan a la ciencia misma y ni a la técnica, ni se localizan en sus propios métodos, ni siquiera se atribuyen a su artificialidad inherente. El verdadero peligro anida en el interior del hombre cuando este decide hacer un uso anárquico de esas posibilidades científicas y técnicas, aplicando esos conocimientos no al servicio del hombre y la naturaleza sino para degradarlos, o peor aún para destruirlos. El deber ser –lo lícito o ilícito éticamente, es decir el límite– no está incluido en el conocimiento empírico mismo, que en esencia no desea otra cosa que conocer y acceder a la realidad. Más bien, la valoración ética se localiza en la puntual e intencionada aplicación que se efectúe de esos conocimientos sobre la vida humana y el mundo.

La *techné*: el nuevo *imaginarium* ético

Tras este preámbulo acerca de la influencia positivista sobre la técnica y sus aplicaciones en la naturaleza, analizo a continuación de qué modo el obrar técnico ha acabado asumiendo una función ética.

El punto de partida que encuadran estas reflexiones –sin duda controvertibles– consiste en la declaración del positivismo de no aceptar por más tiempo una ética –un *ethos*– derivada o inscrita en la misma naturaleza. Bajo las categorías científicas no hay manera de hacer inteligible la existencia de un orden ético en el ser humano y en el universo. Desaparece ese epitalamio ético interior que de modo natural aportaba luces para orientar con prudencia sobre la conveniencia de determinadas acciones sobre ellos. Les resulta acientífico manejar en sus metodologías conceptos como "dignidad", "esencia", "ontología", "*telos*" [...] Sencillamente, no creen

que aporten apenas nada al conocimiento y a la comprensión sobre qué sean en realidad las cosas o los seres vivos, el ser humano, etcétera.

Ahora, la moda científica alienta a una cierta hipertrofia de la técnica frente a una atrofia de la filosofía, causando un particular arrinconamiento de la parte más esencial de esta: la metafísica. La mentalidad tecnificadora en auge invocará subliminalmente el prejuicio antimetafísico de que no hay más ciencia que la física. Su aplicación, la técnica, se hace eco de la clave de toda la dialéctica que surca la modernidad: la desteleologización de la naturaleza. Y como resultado, se sobrevalora el dominio de la técnica hasta el punto de coronarse de un nuevo poder: erigirse en el rector ético de la realidad. Ha aparecido una alternativa ética: la *techné*, un sustituto implantado en las modernas sociedades tecnologizadas que cuenta con un notable apoyo mediático. La nueva ética consistirá en la más que seductora libertad del "poder hacer" que se impone al envejecido principio del "deber hacer".

Ratzinger elabora un análisis sobre lo que para él constituye una perversión de la ética –y de la ciencia–, exponiendo con gravedad los problemas bioéticos generados. Pienso que en este punto su agudeza intelectual bioética alcanza un nivel superior. Aquí se localiza otra de las luces o claves interpretativas de su pensamiento bioético, y en donde concentra la causa práctica del declive de la dignidad.

En adelante, la moderna medida del hombre, –la que llegará a ser su inaceptable desmesura– consistirá en su capacidad, la *techné*: el nuevo barómetro ético del *Homo faber*. "A la ecuación escolástica *verum est ens* (el ser es la verdad), contraponen *verum quia factum*. Esto significa que lo único que podemos reconocer como verdadero es lo que nosotros mismos hemos hecho. A mi juicio esta fórmula señala el final de la vieja metafísica y el comienzo del auténtico y peculiar espíritu moderno".¹³

Bajo este ocular resulta inútil e incomprensible preguntarse acerca de qué es la realidad, de qué es el hombre: "lo único que pode-

mos preguntar es acerca de lo que somos capaces de hacer con las cosas",¹⁴ es decir, de cómo dominarlas, transformarlas, etc. El hombre queda así disponible para el hombre como producto.¹⁵ Y lo ético quedará fijado en función de si se posee o no capacidad técnica o artística para poder hacer algo con él. En el presente, este axioma será el verdadero conocimiento, la nueva verdad remitida al *factum*. Porque la verdad ya no es la verdad del ser, si no "la verdad de la transformación del mundo: el progreso",¹⁶ en cuyo nombre todo podría estar permitido con tal de que sea efectivo progreso.¹⁷ En esta línea *Ratzinger*, citando a *Ernest Bloch*, afirma que la verdad de las cosas ya no es lo que se transparenta de ellas al contemplarlas, porque ahora: "La verdad es únicamente la transformación [...] la realidad es consecuentemente una indicación para la acción, es un adiestramiento para el ataque [...] y por eso la catedral del futuro será el laboratorio y las centrales eléctricas serán las grandes iglesias góticas del futuro".¹⁸

A partir de este período las circunstancias éticas cambian radicalmente. Lo éticamente permitido se va a identificar de modo directo con lo técnicamente realizable por manos del hombre o por medio de máquinas. Incluso, la posibilidad del "poder hacer" algo se establece ya como criterio suficiente en sí mismo para poder hacerlo. No hay necesidad de acudir a ninguna orientación o instancia superior moral que lo condicione. "Se afirma el principio de comportamiento por el cual al hombre le es lícito hacer todo lo que es capaz de hacer"¹⁹ siempre y cuando le sea de utilidad²⁰ y le proporcione bienestar: "la *techné* se convierte en la auténtica posibilidad y en el auténtico deber del hombre".²¹ Tales efectos del bienestar y los beneficios –utilitarismo puro de *Bentham* y *Mill*– constituyen los moduladores o condicionantes éticos de una gran parte de los experimentos que la técnica realizará sobre la vida humana y la naturaleza. Por ejemplo: "se reduce lo humano sólo a cuerpo, un cuerpo despersonalizado que se presenta como un instrumento al servicio de un proyecto de bienestar, elaborado y perseguido por la razón técnica que calcula cómo podrá sacar el mayor provecho".²²

El nuevo marco estatutario de la moderna ciencia y tecnología se describe en función de intereses políticos, económicos, militares, biomédicos, etc. La dignidad humana es expulsada de la mesa de negociaciones como condicionante de lo factible. Queda silenciada en un mundo fascinado por la técnica que deja de ponerse al servicio de la persona. Porque a la postre, la ciencia y la técnica terminan inclinándose a los intereses de aquellos que la acabarán incluso usando eficientemente para sus fines perversos. Refiere *Ratzinger* en este punto como la bomba atómica y la maquinaria del exterminio nazi, al margen del poder destructor se convirtieron en un triunfo de la técnica, en un vehemente reto: "*Robert Oppenheimer* cuenta que, cuando surgió la posibilidad de la bomba atómica, ésta había constituido para ellos, los físicos nucleares, el *technically sweet*, la seducción técnica, su fascinación, como un imán que debía seguir: lo técnicamente posible, el ser capaces también de querer algo y de hacerlo. El último comandante de *Auschwitz*, *Rudolf Hess*, afirmaba en su diario que el campo de exterminio había sido una inesperada conquista técnica. Tener en cuenta el horario del ministerio, la capacidad de los crematorios y su fuerza de combustión y el combinar todo esto de tal manera que funcionara ininterrumpidamente, constituía un programa fascinante y armonioso que se justificaba por sí mismo".²³

El encantamiento de la ciencia y de la técnica provocó un adormecimiento ético, relegando la brújula ética a un anticuario de objetos obsoletos. Adjudicar bondad o maldad moral a algo que desea producirse o fabricarse, incluso plantearse *a priori* tal valoración, resulta del todo desfasada en esta lógica tecnificadora. Ahora, lo que se imprime deseosamente es si técnicamente se puede o no hacer algo, es decir: producirlo físicamente en un laboratorio, biológicamente en un tubo de ensayo, o químicamente en una industria etc. La competencia y perfección técnica quedan supervaloradas, persiguiéndose la mera funcionalidad como resultado final. Y la validez de tal funcionalidad demanda a su vez un principio ulterior, una nueva exigencia: la repetitividad procesual. De tal modo que se fortalece el conocimiento técnico, y se verifica la efectividad

tecnológica si se es capaz de repetir el experimento, y comprobar una y otra vez que vuelve a aparecer exactamente sin defectos el mismo producto y resultado: “La verdad del ser en sí no es ya lo que importa, sino la utilidad de las cosas para nosotros que se confirma en la exactitud de los resultados”,²⁴ es decir que ¡funcional! “Cada día se fortaleció más la convicción de que el hombre a fin de cuentas, sólo puede conocer lo que se puede repetir, lo que, en el experimento aparece una y otra vez ante nuestros ojos”.²⁵

La entrada a este nuevo paraíso tecnológico y tecnocrático obliga a cruzar un travesaño con un mensaje de letras grandes y rojas: “La capacidad del hombre es el comienzo de su acción”.²⁶ Contra-seña a memorizar como rito de iniciación en esta nueva era de la humanidad, una humanidad tecnificada. Pero hay que asumir las alteraciones que este eslogan o *leif motiv* produce y ha producido en la reciente historia del mundo. Porque cuando el hombre sabe teóricamente cómo se hace algo acaba haciéndolo independientemente de las consecuencias: si lo sabe, lo hace y lo repite. La experiencia humana lo avala, siempre cede a la tentación: “No existe un saber hacer separado del poder hacer, porque iría contra la libertad, que es el valor supremo en absoluto [...] el hombre sabe hacer hombres y por eso los hace. El hombre sabe usar hombres como banco de órganos para otros hombres, y por eso los hace; lo hace porque parece ser una exigencia de su libertad. El hombre sabe fabricar bombas atómicas y por eso las hace y en principio está dispuesto también a usarlas”.²⁷

Resulta relativamente fácil de advertir las interferencias y riesgos presentes en este nuevo *imaginarium* ético y tecnocrático. A través de sus campos de actuación –industria, medicina, economía, política, etc., –se han desplegado la mayor parte de los atentados contra la naturaleza y la vida humana. La emancipada e insubordinada creatividad y espontaneidad técnica del hombre le ha abocado a lo peor, a la banalización y a un refinamiento del mal.²⁸ Asegura *Ratzinger* con seriedad que aquí se localiza en esencia “el peligro más grave del momento presente”.²⁹ Y, apelando a la responsabilidad

personal y social, advierte de la presencia de un inquietante temor. Por eso desea activar la alarma de la aparición de un poder maligno y destructor³⁰ procedente de un hombre y una ciencia sin moral, sin responsabilidad, y afectada de un autismo ético.

La soberanía de la mentalidad técnica destierra a la moral a la esfera subjetiva³¹ de la que está completamente desconectada: "Todos los productos de la atrocidad, de cuyo continuo incremento somos hoy espectadores atónitos y en última instancia desamparados, se basan en este único y común fundamento".³² "Durante el siglo pasado las posibilidades del hombre y su dominio sobre la materia crecieron de manera realmente inimaginable. Pero su capacidad para disponer del mundo ha hecho que su poder de destrucción haya alcanzado unas dimensiones que, a veces, nos causan verdadero pavor".³³

Insiste *Ratzinger* en advertir que el crecimiento ilimitado del poder científico y técnico, asumido por el hombre sobre sí mismo y la naturaleza, no ha sido paralelo a la adquisición de una base ética que fije una vigilancia sobre ese poder.³⁴ "El progreso comienza a amenazar a la creación, que es la base de nuestra existencia; produce desigualdades entre los hombres y, además, produce cada vez más amenazas al mundo y a la humanidad".³⁵ Con un sentido lamento expresa *Ratzinger* que ya es suficiente con lo vivido hasta hoy para escarmentar y reaccionar, que son incontables las víctimas procedentes de una ciencia y una técnica inmoral: "La ciencia sin la conexión con el orden moral llega a ser patológica y peligrosa para la vida";³⁶ "[...] pero un orden mundial con estos cimientos ¿no se convertirá en realidad en una utopía del horror?"³⁷

No puede resultar más contradictoria y desconcertante la ambivalencia de los resultados de la ciencia y de los científicos: con el mismo conocimiento y progreso con el que salvan vidas, eliminan otras. Pero si la ciencia mata, si daña al hombre y al medioambiente, entonces lo que cabe preguntarse es si estamos ante una verdadera ciencia y un legítimo progreso. La sociedad debe establecer

cauces más restrictivos que desautoricen entonces a esa perversa ciencia como auténtico progreso humano.

Ratzinger, en su discurso de ingreso en la Academia de las Ciencias Morales y Políticas del Instituto de Francia, evoca unas palabras de *Sajarov* en las que el escritor ruso criticaba los ensayos nucleares de su país que se saldaron con varios muertos: “ningún hombre puede rechazar su parte de responsabilidad en aquellos asuntos de los que depende la existencia de la humanidad”.³⁸ Es decir, cuando se quiere separar la competencia técnica de la competencia moral, las consecuencias son nefastas. Por este motivo resulta inexcusable exigir a los agentes científicos y biosanitarios un compromiso deontológico que busque respuestas éticas acerca de lo que debe y no debe hacerse para proteger la vida humana.³⁹ Resultaría incomprensible que la ciencia y la tecnología no asumieran ese compromiso y, en cambio, pactaran mansamente con su desregulación ética. Sin la asunción de estos principios acaban justificándose injustificadamente muertes humanas e impactos irreparables en la naturaleza, apelando a logros científicos para la humanidad o a beneficios económicos. Argumentos conocidos y esgrimidos por los responsables científicos de sonados experimentos inhumanos que no sirvieron de excusa para ocultar sus abusos y ser imputados penalmente.

En conclusión, reducir unívocamente lo ético a lo técnico, claudicar de la moral humana ante el poder persuasivo y seductor de la ciencia acaba por “disolver lo característico del hombre, ya no lo liberamos sino que lo destruimos”;⁴⁰ “se coloca contra la verdad, lo cual quiere decir que se destruye a sí mismo y al Universo”.⁴¹ Duras declaraciones de *Ratzinger* que constituyen un llamamiento urgente a articular medios e iniciativas–políticas, sociales, biomédicas– que contrarresten y aplaquen los efectos perversos de un dominio tecnológico sobre la vida que termina por negarla: “[...] vivimos en este mundo de falsedades, de no-vivir, donde el dominio de la muerte hace de la vida misma un negación, un ser muerto”.⁴²

Salvar al Hombre para salvar la Tierra: una estrategia bioética para Ratzinger

Las amenazas del hombre sobre la tierra, materializadas en graves impactos en los ecosistemas, constituyen “un espejo, una consecuencia de la contaminación interior”⁴³ del ser humano.

Las acciones humanas que indiscriminadamente contaminan el medioambiente y eliminan especies animales y vegetales son duramente condenadas por la sociedad. En cambio, ese juicio, no se efectúa con la misma intensidad y dureza contra otro tipo de contaminación más solapada que va dañando al hombre poco a poco, vulnerando su dignidad moral. No me refiero a atentados terroristas ni a violaciones humanas etc., todos ellos actos reprobables y unánimemente censurados por todos. Me refiero más bien a otro tipo de acciones, cuyos efectos contaminantes son más interiores y corrompen paulatinamente al hombre y a la sociedad. Se trata de: actos de insolidaridad con los más necesitados y pobres, discriminación o desinterés hacia los discapacitados físicos e intelectuales, despilfarro económico y consumismo salvaje, corrupciones políticas, conflictos familiares graves que acaban en rupturas y en daños a los hijos y a los propios cónyuges, vicios ocultos e inconfesables que generan conductas adictivas. La lista se alargaría con la inclusión del conjunto de acciones irrespetuosas con la vida humana en sus fases más vulnerables y débiles. Considero estas últimas como las de mayor voltaje degradante.

Lo anti-ecológico de negar el *ethos* natural

En relación a esas irregularidades morales enumeradas, *Ratzinger* hace hincapié en que no se ha de olvidar que el hombre es una criatura provista de un código natural interno que exige ser respetado por él mismo y los demás. Componen ese código un conjunto de reglas morales o primeros principios elementales e inteli-

bles para todos, como por ejemplo: la llamada regla aurea: “no hagas a los demás lo que no te gustaría que te hicieran a ti”.⁴⁴

La naturaleza humana está configurada con unos fines intrínsecos hacia los que tiende de modo racional y que le permiten perfeccionarse. Sin la persecución de esos fines resulta dificultosa alcanzar una vida lograda, y en definitiva ser feliz. Ubica aquí *Ratzinger* una condición *sine qua non* para que el hombre aprenda a salir a la naturaleza ambiental y dirigirse a ella con benevolencia y justicia, es decir, descubriendo la existencia de otras leyes, de otro orden particular también inscrito en ella. El respeto a la naturaleza y a sus seres vivos está condicionado y garantizado por el respeto previo a los miembros de la familia humana. El ser humano posee un “lenguaje interior que es moral por sí mismo”,⁴⁵ es decir, encierra en su naturaleza un mensaje ético que ha de ser reconocido para no faltar a su dignidad.⁴⁶ Y es aquí donde está en juego y se decide una parte importante del respeto global por todos y por todo: los hombres y la tierra.

Pero contrariamente a esta postura, existe otra, extendida en determinados sectores ideológicos, que influye en el comportamiento del hombre, en su relación con la naturaleza y en el propio enfoque de la ciencia. Se trata de una posición en la que predominan dos elementos claves relacionados entre sí: una autonomía moral radical o sencillamente amoral y una concepción de libertad total. Bajo esta interpretación de la naturaleza humana y del mundo no se acepta la existencia de un código natural heterónimo e interno. Más explícitamente: no existe naturaleza como fuente de moralidad porque sencillamente ésta se ha disuelto. Indica *Ratzinger* que fue con J.P Sartre cuando se alcanzó la posición desteleologizante más radical de la naturaleza: “El hombre no tiene naturaleza [...] el ser del hombre se halla indeterminado. Es una cuestión sin resolver. Yo mismo he de decidir qué es lo que entiendo por el ser del hombre. El hombre no tiene naturaleza, sino únicamente libertad”.⁴⁷ En síntesis, lo que proclama y demanda este tipo de ideologías –AMPARADAS POR UN FUERTE RELATIVISMO– ES LA IM-

PLANTACIÓN DE UN CONCEPTO EXALTADO DE AUTONOMÍA Y LIBERTAD EN DONDE CADA UNO PUEDA ELEGIR quién o qué quiere ser. En pocas palabras: una expansión ilimitada de libertad, y un derecho absoluto a la autodeterminación. Lo resume *Ratzinger* del siguiente modo en una de las obras nucleares de su pensamiento que venimos comentando desde el inicio: “La ley y el orden aparecen como contrarios a la libertad” [...] el hombre no querría verse constreñido por esa realidad coactiva del vivir desde y para los demás, sino que pretende llegar a ser completamente independiente, poder hacer o dejar de hacer lo que se le antoje [...] la existencia humana es una atentado contra libertad [...] en el hombre nuevo no podrían existir ya esas dependencias que limitan el propio yo”.⁴⁸

Si se elabora una revisión pausada de esta interpretación de la realidad se entrevén algunas preocupaciones. Por ejemplo, es obvio que resultará más fácil—con el consiguiente riesgo— el aumento de la arbitrariedad en la elección de cualquier tipo acciones sobre otros seres humanos, la sociedad, el medioambiente etc. Si el único criterio ético posible lo constituyera la simple capacidad de elección en aras de una libertad individual sin límites ¿quién asegura que tales acciones serán siempre y objetivamente bienintencionadas? La radicalización de la libertad es difícilmente acoplable con la existencia de límites éticos elementales que incluso son exigidos y reconocidos para lograr una convivencia social donde se respeten los derechos fundamentales.

Si la oferta liberal consiste en defender la máxima de que el límite es no tener límites, podrían generarse conductas totalitarias, como de hecho ha sucedido. La emancipación exacerbada de todo lo que según ellos signifique una constricción de la libertad —costumbres, tradiciones, religión, naturaleza, etc.—representaría la exaltación del dominio sobre la realidad. Tarde o temprano se establecería una relación de asimetría con respecto a los otros y a lo otro—el entorno natural—, una asimetría que conduciría al sometimiento y a la explotación de los demás hombres y de la propia naturaleza. Este tipo de relaciones asimétricas generan daños colaterales de tipo ecológico.

Como ya se ha comentado, en las pasadas y actuales crisis ecológicas, juega un papel decisivo el descontrol ético de la ciencia y la técnica. Pero *Ratzinger* localiza otro elemento distorsionador que contribuye a alterar la naturaleza ambiental. Radica esa distorsión en la interpretación de algunos pensamientos marxistas en los que se amplifica la lucha de clases hasta proponer el enfrentamiento – otra nueva lucha– en este caso entre el hombre y la naturaleza: “la lucha contra el hombre y la lucha contra la naturaleza son expresiones sinónimas”.⁴⁹ En este contexto, la naturaleza –y su orden interno– pasan a considerarse como una desconocida amenaza de la naturaleza y dependiente, la anulación de las características de su auténtica naturaleza– incluida su *ethos*–, le convierten ahora en su propio creador y en el creador de lo demás. Pero este nuevo rol asumido con arrogancia y autosuficiencia mostrará al final su peor rostro, su forma más grave de inmoralidad. Ya no cuenta lo creado porque: “es el hombre el que debe producir la verdadera creación que luego le será útil”.⁵² Idolatrado por la diosa razón, el hombre impondrá un nuevo logos a su propia naturaleza y al resto de la creación. La naturaleza y el mundo deberán quedar mansamente a los pies del hombre y de su dominio técnico para ser explotados. Porque ni la naturaleza, ni ningún ser vivo puede convertirse en rivales de la libertad transformadora del hombre. De ahí el interés progresivo de desarraigar al hombre de sus fines. No hay condiciones previas que limiten u ordenen las acciones humanas, porque ha dejado de haber finalidad en la naturaleza.

El poder transformador y manipulador del hombre resulta su más profunda amenaza, también para la naturaleza.⁵³ De aquella actitud humilde de la ciencia y del científico que se inclinaban maravillados ante lo hallado se ha pasado a un afán de poder que anhela desordenadamente dominar el mundo. Pero este nuevo poder, no sólo acaba revolviéndose hacia el hombre mismo, autodestruyéndose, si no que le da capacidad para convertir la tierra en un lugar inhóspito e inhabitable y, más aún, capacidad para destruirla.⁵⁴ Lo que siempre ha resultado como natural y bondadoso en la

historia de la humanidad, “cuidar y labrar la tierra”,⁵⁵ no sólo se ha malinterpretado, sino que se ha pervertido cayendo en abusos y en un dominio despótico de la tierra: “las catástrofes ecológicas son una advertencia para que veamos dónde la ciencia no es ya un servicio a la verdad, sino que se convierte en la destrucción del mundo y del hombre”.⁵⁶

Lo más ecológico: respetar y cuidar al hombre

En conclusión, y la vista de los negativos impactos en la naturaleza por parte del hombre, *Ratzinger* propone una estrategia bioética de consecuencias ecológicas: subordinar la ecología ambiental a la ecología de la vida humana o ecología del hombre. Establecer una interconexión de mutuo apoyo que empiece por respetar y salvaguardar la dignidad del hombre –el ecosistema humano– para luego más eficazmente dirigirse a respetar y salvar a la naturaleza y al resto de especies. Si el hombre y el conjunto de la sociedad empiezan por el cuidado moral de su propio nicho, manteniendo una buena salud ecológica, los beneficios para el resto de ecosistemas naturales –y principalmente el respeto– estarán garantizados.

Ratzinger está convencido de que el respeto incondicional de la vida humana es el mejor de los caminos y el más corto para proteger la vida del resto de seres y el entorno que los acoge. Si protejo a los miembros de la familia humana por la dignidad que ostentan, sin excluir a ninguno, estoy protegiendo a la especie más inteligente de todas las existentes, a la más preparada, la única capaz de poder alcanzar un desarrollo y un uso sostenible de la naturaleza, de sus recursos y de todos sus miembros.

Por eso, no hay, no debe haberla, separación entre el concepto ecología ambiental y el de ecología humana, conceptos inclusivos y dependientes. De tal modo que, los deberes que todos los hombres tienen con el ambiente, no pueden no estar relacionados con los que han de tener en primer lugar con la persona considerada en

sí misma y en su relación con los otros. No se puede exigir unos – los deberes ambientales– y conculcar otros, los deberes humanos. Resultaría una grave antinomia de la mentalidad y de la *praxis* actual, que envilece a la persona, trastorna el ambiente y daña a la sociedad.

En definitiva, si pervierto al hombre, si pervierto al ser vivo más evolucionado, al más perfecto de la naturaleza, si pervierto sus potencias superiores, –su inteligencia y su voluntad– el resultado no puede ser más que el peor de los posibles para la propia especie humana y la naturaleza. Acabará por “desplegar modos de destrucción que ningún otro ser vivo lleva en su seno” con el apoyo de la ciencia y la técnica que se pondrían al servicio de esos perversos intereses.

Referencias bibliográficas

² Cf. Ratzinger, J. *Fe, verdad y tolerancia*. Salamanca: Sígueme, 2005, p.133.

³ Ratzinger, J. *Introducción al cristianismo*. Salamanca: Ediciones Sígueme, 2001, p.57. Sobre este tema también, cf. Ratzinger, J. La Bioética en la perspectiva cristiana. *Rev. Dolentium Hominum* 18, 1991, Roma; Ratzinger, J. *La última conferencia de Ratzinger: Europa en la crisis de las culturas* (año 2005). <http://www.zenit.org/article-15746?l=spanish> [Consultado 14/06/14], pto. 2.

⁴ Cf. Ratzinger, J. *Fe, verdad y tolerancia.*, op.cit., p.157.

⁵ Ratzinger, J. *Introducción al cristianismo.*, op.cit., p.58.

⁶ Ratzinger, J. *Europa, raíces, identidad y misión*. Madrid: Editorial Ciudad Nueva, 2005, p.40.

⁷ *Ibíd.*, p. 75.

⁸ Cf. Ratzinger, J. *La última conferencia de Ratzinger: Europa en la crisis de las culturas*, op.cit., pto. 2

⁹ Cf. Ratzinger, J. *Fe, verdad y tolerancia.*, op.cit., pp.138-139. Aclara Ratzinger en este punto que en el ámbito específico de las ciencias naturales es correcto y necesario ese método científico de analizar y descifrar las estructuras matemáticas existentes en las formas de naturaleza para hacerlas comprensibles e insiste en que: “Todo pensar científico –natural y toda aplicación tecnológica se basa en el presupuesto de que el mundo está ordenado según leyes intelectuales que pueden ser aprehendidas por nuestro intelecto”. (p.138)

¹⁰ Ratzinger, J. “La Bioética en la perspectiva cristiana”, op.cit., p.11.

¹¹ Cf. *Ibíd.*

¹² Ratzinger, J. *Fe, verdad y tolerancia.*, op.cit., p.139. Cf. Ratzinger, J. *Verdad, Valores, Poder*. Madrid: Rialp, 1995, p.29: “La ciencia puede servir al hombre

pero también se puede convertir en instrumento del mal y prestarle todo el horror de que es capaz”. Cf. Ratzinger, J. *Europa, raíces, identidad y misión*, op.cit., p.30. En esta última referencia insiste Ratzinger en subrayar las amenazas del progreso de la medicina cuando esta obvia el valor fundamental de la dignidad:” tanto si pensamos en la clonación, como en la conservación de fetos humanos con fines de investigación y de donación de órganos, o en todo el ámbito de la manipulación genética, nadie puede ignorar la lenta extinción de la dignidad humana que aquí nos amenaza. A ello se añaden de manera creciente (...) el tráfico de órganos humanos para realizar trasplantes. Siempre se aducen finalidades buenas para justificar lo que es injustificable”. (p.30).

¹³ Ratzinger, J. *Introducción al cristianismo*, op.cit., p.55.

¹⁴ Ratzinger, J. *Fe, verdad y tolerancia*, op.cit., p.206.

¹⁵ Cf. Ratzinger, J. *Introducción al cristianismo*. op.cit., p.61; Cf. Ratzinger, J. *Europa, raíces, identidad y misión*, op.cit., p.41; Cf. Ratzinger, J. *Instrucción Donum vitae. Sobre el respeto de la vida humana naciente y la dignidad de la procreación. Introducción del Cardenal Ratzinger*. Roma: Editrice vaticana. Roma, 1987, p.5.

¹⁶ Ratzinger, J. *Introducción al cristianismo*, op.cit., p.59; Cf. Ratzinger, J. *Verdad, Valores, Poder*. Madrid: Rialp, 1995, p.61: “El punto verdaderamente crítico de la modernidad es el que el concepto de verdad ha sido prácticamente abandonado y sustituido por el de progreso. El progreso es la verdad.” ¹⁷ Cf. Ratzinger, J. *Europa, raíces, identidad y misión*, op.cit., p.27: “Aquí se produce una fractura en relación con el conjunto de la tradición moral de la humanidad: ya no hay valores independientes de los objetivos del progreso; todo puede, en un momento dado, estar permitido e incluso ser necesario”.

¹⁸ Ratzinger, J. *Creación y pecado*. Navarra (España): Eunsa, 1992, p.61.

¹⁹ Ratzinger, J. *Europa, raíces, identidad y misión*, op.cit., p.42. También sobre este tema Cf. Ratzinger, J. *Instrucción Donum vitae. Sobre el respeto de la vida humana naciente y la dignidad de la procreación. Introducción del Cardenal Ratzinger*, op.cit., pp. 1-2.

²⁰ Cf. Ratzinger, J. *Creación y pecado*, op.cit., pp.94-95; Cf. Ratzinger, J. *Verdad, Valores, Poder*, op.cit., p.37: “La libertad se reduce tan sólo a la posibilidad de hacer todo lo que en algún momento pueda considerarse interesante y entretenido”. También sobre esta insistencia se puede ver: Ratzinger, J. *El cristiano en la crisis de Europa*. Madrid: Cristiandad, 2005, p.24; Ratzinger, J. *Fe, verdad y tolerancia*. op.cit., p.162.

²¹ Ratzinger, J. *Introducción al cristianismo*, op.cit., p.60.

²² Ratzinger, J. *El elogio de la conciencia*, Madrid: Editorial Palabra, 2010, p.46; también Cf. Ratzinger, J. *Instrucción Donum vitae. Sobre el respeto de la vida humana naciente y la dignidad de la procreación. Introducción del Cardenal Ratzinger*, op.cit., p.3.

²³ Ratzinger, J. *Creación y pecado*, op.cit., p.95.

²⁴ Ratzinger, J. *Introducción al cristianismo*, op.cit., p.68.

²⁵ *Ibíd.*, p.60.

²⁶ Ratzinger, J. *El cristiano en la crisis de Europa*, op.cit., p.39.

²⁷ *Ibíd.*, p.39; Ratzinger, J. *Introducción al cristianismo*. op.cit., pp.22-23: “¿Cómo va a relacionarse el hombre con el hombre (...) si solamente puede hallar en el otro su propio *deber-hacer*?”. Como se ha comprobado en los hechos históricos del siglo XX la deformación sobre quién sea el hombre y su naturaleza, acaba por alterar la relación del hombre con el hombre, de tal modo que no interesa quién sea en realidad el ser humano, sino qué tiene o de qué modo puedo aprovecharme de él, extrayendo la máxima utilidad posible. A este sentido se reduce el deber hacer.

²⁸ Cf. Ratzinger, J. *El cristiano en la crisis de Europa*. op.cit., p.87.

²⁹ *Ibíd.*, p.25.

³⁰ *Ibíd.*, p.39; Ratzinger, J., *La Bioética en la perspectiva cristiana*, op.cit., p.11: “Terribles amenazas para la humanidad”.

³¹ Cf. Ratzinger, J. *La última conferencia de Ratzinger: Europa en la crisis de las culturas*, op.cit., p.1.

³² Ratzinger, J. *Creación y pecado*, op.cit., p.93.

³³ Ratzinger, J. *El cristiano en la crisis de Europa*, op.cit., p.23.

³⁴ Cf. Ratzinger, J. *Europa, raíces, identidad y misión*, op.cit., p.68.

³⁵ *Ibíd.*, p.62.

³⁶ Ratzinger, J. *Fe, verdad y tolerancia*, op.cit., p.139.

³⁷ Ratzinger, J. *Europa, raíces, identidad y misión*. op.cit., p.42. Ratzinger, J. *Introducción al cristianismo*, op.cit., p.22: “Apenas se puede evitar un grito de horror”.

³⁸ Ratzinger, J. *Verdad, Valores, Poder*, op.cit., p.30.

³⁹ Cf. Ratzinger, J. *La Bioética en la perspectiva cristiana*, op.cit., p.11.

⁴⁰ Ratzinger, J. *Creación y pecado*. op.cit., p.71; Ratzinger, J. *Verdad, Valores, Poder*, op.cit., p.31: “Desaparece el hombre cómo tal al negar el principio moral, significa negar al hombre”.

⁴¹ *Ibíd.*, p.96.

⁴² *Ibíd.*, p.98.

⁴³ Ratzinger, J. *La Sal de la tierra*. Madrid: Editorial Palabra, 4ª, ed., 2005, p.249.

⁴⁴ Ratzinger, J. *La Bioética en la perspectiva cristiana*, op.cit., p.14.

⁴⁵ Ratzinger, J.- Messori, V. *Informe sobre la fe*. Madrid: BAC popular, 3ªed., 1985, p.97.

⁴⁶ Cf. Ratzinger, J. *Fe, verdad y tolerancia*, op.cit., p.206.

⁴⁷ Ratzinger, J. *Fe, verdad y tolerancia*, op.cit., p.210.

⁴⁸ *Ibíd.*, p.213.

⁴⁹ Algunas de estas ideas están recogidas en la obra *El hombre entre la reproducción y la creación*., Conferencia impartida por Ratzinger con ocasión del nombramiento como doctor honoris causa por la Universidad Católica de Lublin, 23 de octubre de 1988.

⁵⁰ Ratzinger, J. *La Sal de la tierra*, op.cit., p.249.

⁵¹ Cf. Ratzinger, J., *El hombre entre la reproducción y la creación en VV.AA. Bioética, consideraciones filosófico-teológicas sobre un tema actual*. Madrid: Rialp 1992, p.63.

⁵² Ratzinger, J. *Creación y pecado*, op.cit., p.60.

⁵³ Cf. *Ibíd.*, p.62 y p.97.

⁵⁴ Cf. Ratzinger, J. *Europa, raíces, identidad y misión*, op.cit., p.71.
Gen 1, 26-28.

⁵⁶ Ratzinger, J. *Fe, verdad y tolerancia*, op.cit., p.140. Ratzinger, J. *Europa, raíces, identidad y misión*, op.cit., p.41: “La racionalidad tiene que ver con la funcionalidad, con la eficacia, con el incremento de la calidad de vida. La explotación de la naturaleza, que está relacionada con esto, se convierte cada vez más en un problema debido a las repercusiones ambientales negativas, que se están haciendo dramáticas”.

⁵⁷ Ratzinger, J. *Dios y el Mundo*. Barcelona: Galaxia Gutenberg. Círculo de lectores, 2005, p.111.

Bibliografía

RATZINGER, J.- MESSORI, V. *Informe sobre la fe*. Madrid: BAC popular, 3ªed., 1985.

RATZINGER, J. *Instrucción Donum vitae. Sobre el respeto de la vida humana naciente y la dignidad de la procreación. Introducción del Cardenal Ratzinger*. Roma: Editrice vaticana. Roma, 1987.

RATZINGER, J. *La Bioética en la perspectiva cristiana*. Roma: *Dolentium Hominum* 18, 1991.

RATZINGER, J. *Creación y pecado*. Navarra (España): Eunsa, 1992.

RATZINGER, J. *Verdad, Valores, Poder*. Madrid: Rialp, 1995.

RATZINGER, J. *Ser cristiano en la era neopagana*. Madrid: Encuentro, 1995.

RATZINGER, J. *Introducción al cristianismo*. Salamanca: Ediciones Sígueme, 2001.

RATZINGER, J. *La Sal de la tierra*. Madrid: Editorial Palabra, 4ª, ed., 2005.

RATZINGER, J. *Europa, raíces, identidad y misión*. Madrid: Editorial Ciudad Nueva, 2005.

RATZINGER, J. *Fe, verdad y tolerancia*. Salamanca: Sígueme, 2005.

RATZINGER, J. *Dios y el Mundo*. Barcelona: Galaxia Gutenberg. Círculo de lectores, 2005.

RATZINGER, J. *El cristiano en la crisis de Europa*. Madrid: Cristiandad, 2005.

RATZINGER, J. *La última conferencia de Ratzinger: Europa en la crisis de las culturas* (año 2005). <http://www.zenit.org/article-15746?l=spanish> [Consultado 14/06/14]. 2005.

RATZINGER, J. *El elogio de la conciencia*, Madrid: Editorial Palabra, 2010. RATZINGER, J y HABERMAS, J. *Dialéctica de la secularización. Sobre la razón y la religión*. Madrid: Encuentro, 2006.

RATZINGER, J., “*El hombre entre la reproducción y la creación*” en VV.AA. *Bioética, consideraciones filosófico-teológicas sobre un tema actual*. Madrid: Rialp 1992.